

LA FIESTA DE REYES DE 1958 EN EL PARDO

Discurso del Ministro del Ejército.

Excelencia:

Es tradicional que una representación de los Ejércitos de Mar, Aire y Tierra, venga en este día de los Santos Reyes a felicitaros y a renovar la inquebrantable adhesión de las Fuerzas Armadas a su Generalísimo, en ocasión de la Pascua Militar que hoy celebramos.

Me ha correspondido, por vez primera, el alto honor de ofreceros este homenaje en nombre de mis compañeros de armas. Lo hago particularmente orgulloso de poder mostraros la Gran Unión de todos, que si siempre existió, hoy resplandece como nunca, en las tierras, en los mares y en los aires africanos. Allí donde nuestros soldados montan guardia en los parapetos, nuestros marinos vigilan los contornos de las lejanas provincias españolas y nuestros aviadores surcan los cielos con sus alas de guerra; allí donde todos ellos mantienen tenso el espíritu y dispuesto el ánimo para velar los derechos de España.

Permitidme, mi General, que dedique un recuerdo lleno de emoción a nuestros gloriosos compañeros caídos en la lucha, que ya han inscrito sus nombres en el libro de honor de la Patria y a los mandos y tropa de los tres Ejércitos que hermanados

en el honor, en la eficacia y en el heroísmo cumplen su deber protegiendo aquellos territorios soberanos. Que Dios les proteja a ellos para que muy pronto puedan volver a una era de paz y prosperidad bajo vuestro mandato.

Os felicitamos, mi General, animados de los más altos sentimientos, de lealtad, gratitud y confianza de nuestros sencillos corazones de soldados hacia su Jefe.

Lealtad bien probada a lo largo de estas dos décadas, en que la nave que con mano maestra conducís, ha tenido que salvar numerosos escollos y asechanzas de fuera y de dentro y en toda ocasión habéis hallado a los Ejércitos apiñados en torno vuestro, prestos a cuantos sacrificios fueran precisos.

Gratitud por vuestros esfuerzos para situar a la Patria amada en el camino de su grandeza, logrando que de la ruina moral y material en que se debatía, renaciese esta España fuerte y con esperanzas que constituye vuestra obra.

Confianza en que lleváis en vuestro corazón nuestros problemas y sabréis ayudarnos a resolverlos para que los Ejércitos acrecienten cada día

su eficacia y se sientan cada vez más orgullosos de vestir su honroso uniforme.

En los desgraciados días que nos ha tocado vivir, dentro de un mundo inquieto, desapacible y receloso, podéis contar, mi General, con esa lealtad de vuestros Ejércitos y la gratitud de vuestro pueblo, como nosotros contamos con la confianza en nuestro Generalísimo, para que España se haga querer y respetar, en el concierto de los pueblos, por sus

virtudes civilizadoras y por el valor de sus Ejércitos.

Hoy pedimos al Señor que la estrella que puso como guía a los Santos Reyes en el camino hacia Belén, os guíe también en el camino de la grandeza de España hasta alcanzar la meta final. Recibid en este día, mi General, la adhesión más sincera de las Fuerzas Armadas que siempre estarán vigilantes para servir a España. A vuestras órdenes.



PALABRAS DEL CAUDILLO

Compañeros:

Solamente unas palabras para corresponder a las que nuestro Ministro del Ejército, en representación de los de Tierra, Mar y Aire, me ha dirigido y responder a vuestra lealtad, que lo mismo tiene lugar de abajo arriba que de arriba abajo.

Nos ha tocado vivir años difíciles. En nuestra Cruzada dimos la primer batalla para la defensa de la civilización occidental. Éramos el país más amenazado del Universo, aquél en el que había puesto el comunismo soviético todas sus ilusiones y esperanzas. Supimos vencer en aquella primera batalla; pero mientras la sosteníamos, nos preocupaba, más que la victoria en la guerra, de la que nos sentíamos seguros, la victoria en la paz. Sabíamos lo que nos esperaba.

Vino inmediatamente la guerra universal, aque-

lla otra gran batalla que libraban las naciones en Europa y en Asia, y de nuevo nos preocupaban, más que los peligros inminentes de la guerra, las consecuencias que había de encerrar la paz. Dimos nuestra voz de alarma. Anunciamos lo que más tarde había de ocurrir. Por eso lo que hoy pasa no nos sorprende; los militares miramos las cosas con ese análisis y frío realismo inseparables de nuestra profesión.

No sorprendió tampoco a los Estados Mayores ingleses, que en los últimos tiempos de la guerra, en momento oportuno, llamaron la atención a su Gobierno sobre el gigantesco poder que se estaba creando y el peligro que iba a desencadenarse sobre Europa, solicitando se pusiese coto a aquel poder cuando todavía era tiempo. Sus Ejércitos esta-

ban movilizados e intactos y la superioridad sobre el peligro era real y aplastante. Pero los hombres políticos suelen vivir al día y no para el futuro y suelen pecar de un optimismo y de una insensatez suicidas, que no les dejaba ver que si Rusia era gravísimamente peligrosa en el año 1936 y poseía un enorme poder de subversión, ese poder iba a ser centuplicado por las victorias y las concesiones de los occidentales; era iluso pensar que los comunistas soviéticos iban por arte de magia a perder su razón de ser y a convertirse en buenos y benéficos.

Como veis, los problemas de hoy son hijos de los abandonos de ayer y hemos de pechar con ellos; esta situación nos obliga a hacer una pregunta: ¿existe realmente la paz? ¿Puede considerarse en estado de paz el mundo, mientras unos poderes sin freno continúan agitando a todas las naciones del universo, impulsando todas las subversiones y provocando toda clase de conflictos? Podemos asegurar que no. Necesitamos vivir constantemente preparados y por el carácter permanente de la situación, lo mismo que en nuestra guerra mientras veíamos las armas y combatíamos en los frentes, teníamos que atender a la organización de la retaguardia y de la nación y constituir un Estado fuerte, así tenemos que hacer hoy, ya que desde que acabó la guerra tenemos que, al tiempo que vigilamos y guardamos nuestra paz, nuestro orden, nuestras fronteras y la seguridad de nuestros hogares, fomentar el progreso y el resurgir de la nación, análogamente a lo que hicieron los Reyes Católicos en la Reconquista. Si amamos la paz es necesario que celosamente la velemos.

Para alcanzar esta eficiencia es necesario no nos dejemos engañar por los espejismos de la guerra moderna. Conocéis bien cómo se están desbordando las dimensiones del campo de batalla; cómo pue-



de afirmarse que, según los informes de los técnicos, si una guerra universal se encendiese acabaría aniquilando la vida en la mitad del universo. Que el peligro no sería sólo para los lugares que constituyesen los objetivos de las bombas o de los proyectiles atómicos, que el peligro estaría en el ambiente, en los aires, en la radiactividad, que haría imposible la vida sobre inmensas zonas de la tierra.

Esto asegura que el agresor no puede tener ya garantía de su seguridad. El agresor futuro sabe que sembrando la destrucción, ésta se vuelve contra él mismo, lo que, dentro de un enorme pesimismo, hace renacer la esperanza de que la guerra no llegue a desencadenarse.

Por esto no hemos de mirar solamente a la guerra grande, sino que necesitamos estar preparados para la guerra chica. El enemigo en potencia no desencadenará seguramente una guerra que pueda a su vez destruirle, pero sí desencadenará focos de guerra chica en todos los lugares del mundo, como

hizo en Corea, en Indochina, y pretende crearlos en Indonesia, en el Oriente Medio, en Africa, procurando la subversión de los pueblos atrasados. Todo esto lo hemos de contemplar durante mucho tiempo y, por consiguiente, no solamente hay que estar preparados para ser un sumando en la guerra grande, pues en la guerra chica somos un entero, lo somos todo.

Hoy si nosotros hemos podido acudir con prontitud a conjurar la agresión de Ifni, si hemos podido atender en forma rapidísima y ejemplar al socorro de nuestros territorios africanos, ha sido porque no hemos perdido de vista la guerra chica, porque los esfuerzos de los Ministros del Ejército, Marina y Aire, al modernizar los Ejércitos, han venido teniendo en cuenta las posibilidades de una guerra chica, en donde los aviones no pueden ser una flecha o un tiro en el aire, sino que tienen que enterarse y cooperar con lo que hay en tierra, que la Aviación sigue siendo un arma más, llamada a co-

laborar íntimamente con los elementos de los otros Ejércitos.

Así como en la guerra grande el factor táctico aparenta desaparecer ante la potencia de los medios, en la guerra chica se ve valorado por los elementos modernos, la potencia y ligereza de las armas, la rapidez de los transportes y la acción de los paracaidistas en la tercera dimensión.

Sabremos sacar bienes de los males una vez más y que la agresión a nuestros territorios del Africa occidental sirva para el contraste de las armas y de los procedimientos tácticos y para el perfeccionamiento y entrenamiento de nuestras organizaciones militares, que tan bien sirven en estos momentos cuantos en aquellas tierras defienden el derecho y el pabellón de España. A todos ellos dedico en este día de nuestra Pascua Militar nuestro recuerdo emocionado y nuestra felicitación más entusiasta.

¡Arriba España!

